

UNA OBRA CLÁSICA DE EMILIO LORENZO
MARCO HISTORIOGRÁFICO, CONTENIDOS, METODOLOGÍA
(7)

JOSÉ POLO
Universidad Autónoma de Madrid

III

EL SINTAGMA *LENGUA EN EBULLICIÓN* Y EXPRESIONES AFINES (3)

3. *Rafael Lapesa: un equilibrado ideario historicista*

0

En la entrega anterior fueron protagonistas, alrededor de la obra objeto de estudio, Walther von Wartburg y Dámaso Alonso: el primero, como fuente probable de la influencia de Emilio Lorenzo, en lo de la superación práctica, real, del par sincronía/diacronía; el segundo, también para dicha idea superadora y por cuanto se identificó perfectamente con nuestro autor al prologar tan novedosa obra (1966). Ya en la primera entrega de la serie (§1, págs. 391-392) y en la quinta (§1, 0-2, pág. 300) se habían establecido, con carácter provisional, analogías y diferencias entre la forma de operar implícita en el rótulo *lengua en ebullición* y aparecían nombres como Menéndez Pidal, Rafael Lapesa (en lo que yo denominaba *diacronía pancronizada*), Salvador Fernández Ramírez, Manuel Seco y algún otro. Pues bien: dentro de esta parte del recorrido, consagrada a los autores más cercanos a Emilio Lorenzo por lo que toca a la conciencia y práctica consecuente de tal principio su-

[415]

perador de sincronía/diacronía, ha llegado el momento de aproximarnos al gran maestro, después de don Ramón Menéndez Pidal, de las lides históricas sistemáticas, incluyendo, por supuesto, sincronías modernas y contemporáneas, impregnadas siempre, con sana orientación metodológica, de la esencial historicidad de los hechos del lenguaje: de la actividad humana, en suma. Cuando Lapesa se ve obligado a realizar «microanálisis», al final los integra en su amplia y compleja visión de *historia de la lengua*, marco inagotable. En cambio, Emilio Lorenzo opera con sincronías más o menos cortas (aunque a veces el autor nos presente, a manera de síntesis, «estados generales» para un determinado período), con las cuales no se da el salto cualitativo —no es tal su propósito, como sí lo es en su maestro Rafael Lapesa— a una historia plena de la lengua española (siquiera para la segunda parte del siglo xx). Por eso los materiales de Lapesa que haré desfilas tienen, dentro de mi serie, un valor especial: porque va a hablar nuestro historiador por antonomasia de la lengua española, el que ha estudiado sincronías de todas las épocas, con microestructuras y macroestructuras, deteniéndose morosamente cuando los hechos lingüísticos se lo han aconsejado o elevándose sobre las «menudencias» cuando se trataba de darnos un panorama. De manera, pues, que lo que él nos diga en torno al método de «incisivas sincronías», perspicaces y practicadas durante años, de Emilio Lorenzo, discípulo de él y de Dámaso Alonso, resultará esclarecedor para todos nosotros.

1. *Historia de la lengua española* (prólogo de Ramón Menéndez Pidal), Escelicer, Madrid, 1942; desde la 1980, en Editorial Gredos (Madrid); última edición: 1981. Toda la obra rezuma equilibrada relación dialéctica entre sincronía y diacronía: una gran pieza, inseparable de un autor singular, irreplicable: don Rafael Lapesa. Se entenderá que no cite texto alguno (por la dificultad de poner límite en ello) de esta obra, paradigma sostenido del buen hacer, honrado y sabio, en el campo de la filología española, en su línea medular: lo histórico.

2. *Formación e historia de la lengua española* («Obra aprobada por el Ministerio de Educación Nacional II Adaptación para cuarto año de bachillerato»), Madrid (sin sede editorial; Gráficas Ultra), 1943; el autor, «Catedrático del Instituto Femenino de Salamanca», aparece con su segundo apellido (que años más tarde ya no figuraría por componer nombre y primer apellido una

unidad «clásica», imprescindibles, como iban siendo, sus trabajos): Rafael Lapesa Melgar. Voy a enumerar los epígrafes de que consta el así llamado, en el Índice, «Capítulo preliminar: ideas generales sobre el lenguaje y su evolución» (págs. 7-26): 1: *El lenguaje y las lenguas*; 2: *La evolución lingüística*; 3: *Los cambios fonéticos regulares*; 4: *Asimilación, disimilación, metátesis y equivalencia acústica*; 5: *Supresión y adición de sonidos*; 6: *La analogía*; 7: *Cruce de sinónimos. Etimología popular*; 8: *Desgaste y renovación de instrumentos expresivos*; 9: *El factor estético. La ultracorrección*; 10: *Renovación del léxico. Cambios semánticos*; 11: *Acrecentamiento del vocabulario: derivación y composición*; 12: *Introducción de voces procedentes de otras lenguas*; 13: *Cultismos y tecnicismos*; 14: *Influencia cultural en el lenguaje. Evolución lingüística e Historia* (así, con mayúscula, tanto en el índice como en la página 25, donde se halla tal epígrafe; en medio del texto no aparece dicha palabra: solo «explicación histórica»). Como se ve, todo un programa denso de realidades y perspectivas y a partir del cual cabe esperar tanto una primera parte titulada «Breve historia de la lengua española» (capítulos I-VI) como una segunda parte, «Gramática histórica» (VII-XIII) y una «Antología» (textos I-14). Pero también cabe esperar, de tan rico planteamiento (¡tiempos aquellos en los que el nivel de la enseñanza...!), cualquier tipo de desarrollo: en la línea que él mismo llevó a cabo en su magistral *Historia de la lengua española*, en la practicada con agudeza y «estabilidad metodológica» por Emilio Lorenzo y en otras en las que ahora no me detengo para no desviarme de mi centro de interés. Bien: creado ya el necesario contexto, me voy a permitir citar algunos fragmentos, por lo general breves, del mencionado capítulo introductorio o general. Separo el número de orden del epígrafe (y párrafo numerado cuando existe) y el de la página mediante barra (modernizo la acentuación).

1

2-1/8-9

En un momento dado, un idioma puede ofrecer relativa uniformidad —por encima de sus variedades geográficas y sociales— y cierta fijeza de usos. Sin embargo, su estado no es el mismo que hubiera presentado en un momento anterior o que puede mostrar más adelante. Las lenguas no se mantienen invariables: con el transcurso del tiempo se renuevan los hábitos de pronunciación, el vocabulario, las formas gramaticales y las construcciones sin-

tácticas. Cada generación altera, en mayor o menor grado, la lengua que ha recibido de las generaciones precedentes.

$$\frac{2}{2-2/9}$$

El desarrollo de los cambios lingüísticos es, por lo general, lento. Una nueva modalidad del habla, aparecida tímidamente en una zona geográfica o social, tarda en afirmarse en ella, y una vez arraigada, en propagarse a las demás regiones o capas sociales.

$$\frac{3}{2-3/9}$$

La aparición de una novedad no exige su triunfo. Son muchas las tendencias lingüísticas fracasadas.

$$\frac{4}{2-4/10}$$

La evolución lingüística es *gradual*. No procede por saltos, sino por lenta pugna en que van propagándose los usos nuevos. En la mayoría de los casos es también inconsciente: el hablante no se da cuenta del cambio hasta que éste ha empezado a cundir. No obstante, hay también cambios intencionales, producidos por el gusto o por el deseo de expresividad.

$$\frac{5}{2-5/10}$$

En toda lengua luchan tendencias que conducen a la uniformidad y otras que llevan a la diferenciación. El intercambio social, el comercio y la cultura favorecen la difusión de normas generales; por el contrario, el aislamiento fomenta los particularismos. Cuando se disgregan varios pueblos que han formado en su origen una sola comunidad y han hablado un mismo idioma, las diferencias lingüísticas tienden a aumentar y puede ocurrir el fraccionamiento de la lengua primitiva en dialectos e idiomas nuevos.

$$\frac{6}{3-1/10}$$

Entre las transformaciones lingüísticas hay que destacar los cambios fonéticos, que alcanzan muchas veces notable regularidad, hasta el punto de que se pueden establecer las normas que han presidido la evolución de los sonidos dentro de cada idioma.

$$\frac{7}{3-4/12}$$

Los cambios fonéticos no son tan exactos y rígidos como los fenómenos explicables por las leyes físicas. Representan tendencias colectivas que, en un momento dado, han englobado cuantas palabras ofrecían un mismo sonido o grupo de sonidos en iguales circunstancias. Pero cada una de esas palabras tiene su propia historia: ha estado sometida a influencias psicológicas, estéticas y culturales que han podido sustraerla al cambio fonético, detener éste en un grado intermedio o alterar sus resultados. Al margen de la regla general hay siempre numerosas excepciones; unas dependen sólo del mecanismo psico-fisiológico del lenguaje; otras se deben enteramente a factores psicológicos o espirituales.

$$\frac{8}{6-1/15}$$

Los cambios fonéticos no son más que uno de los aspectos de la evolución lingüística. Hay otros fenómenos que tienen por base la asociación de ideas. Nuestra mente establece sin cesar relaciones entre las palabras, según la comunidad o semejanza de forma, significado, función o contextura gramatical.

$$\frac{9}{8/18}$$

Muchas novedades lingüísticas obedecen a la busca de expresividad. A fuerza de repetirse, palabras y giros pierden su originario valor significativo y llega un momento en que necesitamos echar mano de otros nuevos para obtener la eficacia deseada.

9

9-1/19

Constantemente ocurre que en el habla contienen usos que reciben distinta estimación; escogemos unos como preferibles, toleramos otros en el lenguaje familiar y rechazamos los que nos parecen toscos o plebeyos. Esta selección se funda a veces en motivos lógicos o gramaticales; pero de ordinario obedece sólo al gusto lingüístico, que varía, dentro de una región y en un momento dado, según el nivel cultural o social del hablante. El hombre culto evita en su expresión usos que el iletrado admite sin escrúpulos. El habla rústica y la de las ciudades difieren en muchos extremos, y aun en las ciudades, el habla más selecta se aparta de la vulgar. En los idiomas que poseen abundante literatura es frecuente la separación entre el lenguaje literario, refinado y estable, y el vulgar, más anticuado en unos casos, más evolutivo en otros. || El vulgarismo es, por lo general, involuntario, hijo de la costumbre. Salvo en casos excepcionales de emplebeyecimiento consciente, el hablante aspira a expresarse con corrección, y una vez que advierte una falta, procura evitarla. Antes de iniciar una palabra o frase, la sometemos a crítica, más o menos exigente según los gustos y circunstancias: al hablar en público o al escribir [,] eliminamos multitud de expresiones que empleamos corrientemente en la conversación.

10

10-1/20-21

La renovación del vocabulario no se desarrolla paralelamente a la de la fonética o a la del sistema gramatical. Mientras las lenguas modernas han transformado los sonidos y estructura que heredaron de sus ascendientes, conservan multitud de palabras fundamentales con el mismo sentido que tenían hace dos mil o cuatro mil años [...]. Pero es frecuente que las palabras alteren su significación o que las ideas cambien de palabra representativa. Como la vida de los pueblos no permanece estacionaria, surgen realidades y conceptos nuevos para los cuales es necesario crear vocablos adecuados [...]. La renovación léxica es incesante: en un momento nos familiarizamos con palabras hasta entonces desconocidas, o adoptamos *neologismos*, esto es, términos nuevos.

11

12/23-24

La incorporación de extranjerismos es la manifestación lingüística de las relaciones sostenidas con otros pueblos. El comercio, la guerra y el intercam-

bio cultural traen como consecuencia el conocimiento de productos, instrumentos, costumbres e instituciones extranjeras y, a la vez, la difusión de los términos que las designan en el país de origen [...]. Los préstamos léxicos de un idioma a otro suelen ir acompañados del prestigio cultural, social o político del pueblo que lo habla. En la Edad Media, cuando la sociedad feudal de Francia era modelo de costumbres señoriales y cortesanas, entraron en español multitud de voces francesas (véase §40). En cambio, fueron muchos los hispanismos que penetraron en francés e italiano durante los siglos XVI y XVII, cuando la pujanza española fue la sorpresa y admiración de Europa (véase §37).

12

13/24

Aparte hay que considerar el *cultismo*, que no es introducción de términos extranjeros, sino aprovechamiento de la herencia grecolatina, común a toda la civilización occidental. La literatura, no contenta con las palabras existentes, se engalana constantemente con otras tomadas del mundo clásico. Estos vocablos cultos pueden chocar al principio; pero difundidos por la lectura, suelen acabar por generalizarse.

13

14/25

La intensidad y rapidez de la evolución lingüística no es igual en todas las épocas de la vida de un idioma. Como la corriente de un río, tiene cataratas y remansos. En períodos de depresión cultural [,] las nociones acerca del lenguaje correcto son muy vagas o están olvidadas, y las tendencias nacientes se desbordan, produciendo transformaciones esenciales. En cambio, la escritura y la elevación del nivel cultural contribuyen a estabilizar la lengua. || La acción de la cultura no se limita a esta labor de fijación, pues es también altamente innovadora. Gracias al impulso creador de los espíritus selectos se multiplican los recursos del idioma, capacitándolo para expresar finos matices del pensamiento, rigurosas verdades científicas y sutiles evocaciones poéticas, y pres-tándole con ello elegancia y precisión. || Para comprender bien el desarrollo de una lengua a lo largo del tiempo, es necesario no perder de vista la historia del pueblo que la habla. El espíritu de cada época imprime el sello al lenguaje, y los fenómenos lingüísticos carecerían muchas veces de explicación

satisfactoria si no tuviéramos en cuenta las circunstancias históricas en que han surgido [...]. || La explicación histórica, imprescindible para los fenómenos internos de un idioma, lo es también cuando se trata de su fortuna exterior, de su propagación y relaciones con otras lenguas. Por lo general, en el período de formación de los idiomas [,] diversos dialectos se disputan la supremacía, hasta que uno logra imponerse a los demás [...].

14

No me ha importado traer numerosos textos de Rafael Lapesa porque con ellos se traza prácticamente un programa de lingüística histórica (principios; en las citas, he omitido la ejemplificación) y, por otra parte, queda perfectamente arropado lo que enseguida diré en torno a *lengua en ebullición* o expresiones equivalentes. Por supuesto, cabría, a partir del capítulo preliminar de donde han salido tales fragmentos, realizar un estudio sobre sus fuentes (Hermann Paul, Menéndez Pidal, Américo Castro, etc.), pero ello se sale del propósito de mi serie (en trabajos varios de Francisco Abad se encuentran aquí y allá pistas, elementos y algo más en torno a la formación de escuela de nuestro autor; y el propio maestro ha hablado de todo ello con claridad suficiente en más de un lugar de su vasta obra). Solo quería arrancar desde muy atrás para que pudiera observarse que las cosas no ocurren por arte de magia, sino que un determinado ambiente científico, un magisterio inteligente y sostenido ayuda al nacimiento de nuevas ideas, de métodos superadores de los existentes (o que los amplifican o los guían en la práctica, etc.). Y aun retrocederemos bastante más, en algún momento de esta larga investigación, con el intento de establecer posibles conexiones «generacionales» entre unos conceptos y otros o entre determinadas prácticas científicas. Las expresiones de Lapesa más cercanas a *lengua en ebullición*, en lo que llevamos citado, se encuentran en 13, primer párrafo, cuando habla, entre otras cosas, de «tendencias nacientes». Pero enseguida, inmediatas citas, nos aproximaremos todavía más al mundo específico, de «evoluciones cortas del lenguaje», en el que no hallamos inmersos en esta serie.

2. «La lengua desde hace cuarenta años», en *Revista de Occidente*, segunda época, III/8-9/1963, págs. 193-208; recogido, con el título de «La lengua entre 1923 y 1963», en su libro *El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos*,

Editorial Crítica (grupo Grijalbo-Mondadori), Barcelona, 1996, págs. 397-413 (por donde cito). Este y cuatro estudios más, de los que más adelante ficharé tres, componen la sección IV, «Nuestra lengua en la España del siglo XX». Comienzo ya a presentar algunos fragmentos de este expresivo y sabio trabajo.

1

[págs.] 397-398

No es cosa fácil escribir sobre los cambios lingüísticos que han acontecido o están aconteciendo a lo largo de nuestro decurso vital. Ocurre con ellos como con la experiencia inmediata de la rotación de la Tierra: nos entra por los ojos la alternancia de noches y días; asistimos con nuestro ser entero al tránsito de cada jornada y ajustamos a su horario quehaceres y reposo; pero no percibimos el rápido girar del planeta, aunque en él se asienten nuestros pies. En el lenguaje, de modo semejante, se nos impone la evidencia de los cambios externos o más superficiales, que muchas veces reflejan procesos correspondientes a otras actividades; así advertimos la aparición de vocablos nuevos para representar objetos que antes no existían o conceptos que antes no se habían configurado; notamos que, conscientemente o no, hemos abandonado términos que empleábamos años atrás; y nos damos cuenta de las modas expresivas que van y vienen, ora las sigamos, ora las rechazamos. Las fórmulas *como se dice ahora, como se decía entonces*, revelan esta experiencia trivial. No es frecuente, en cambio, cobrar conciencia de los efectos que estos fenómenos de superficie producen en la estructura del idioma, ni descubrir las tendencias internas que mientras vivimos orientan su evolución; a la deriva de ellas, no solemos preguntarnos en qué dirección operan. La observación personal del hablante medio es inevitablemente miope, pues la mayoría de los cambios lingüísticos internos consisten en deslizamientos de los cuales no nos percatamos sino cuando están consolidados ya o al menos han conseguido cierta difusión. Por otra parte [,] la gramática habitual nos ayuda poco: sus descripciones son casi siempre esquemáticas, simplistas, insuficientes y limitadas a lo más general de los usos establecidos; estos por cuyos intersticios se escapan sin cesar las aguas vivas. Y cuando un gramático excepcional —caso de Salvador Fernández— da la imagen veraz del estado actual de la lengua, lo que primero se destaca es la complejidad de las tendencias que se entrecruzan, la variedad de los usos que contienen, la inagotable riqueza de matices diferenciales. En la espléndida maraña que es la realidad viva del len-

guaje [,] no es fácil tomar distancia y atisbar el sentido de la evolución en marcha [en la nota 1, que arranca de aquí, aparte de mencionar al gramático poco ha nombrado, a Gili Gaya, con su *Curso*, a Gabriel H. Lovett, etc., se dice: «[...] hay muy valiosas observaciones en varios artículos de Emilio Lorenzo que después se citarán» (y que luego serían capítulos del libro de 1966 objeto de esta serie)].

3. «*Kahlatahyood*. Madariaga ha puesto el dedo en la llaga», en la misma revista de la ficha anterior, XII-36/1966, págs. 373-380; precedía, 365-373, el artículo del autor citado «¿Vamos a *Kahlahyahood*?». El trabajo de Lapesa se halla igualmente recogido en la obra de 1996 antes mencionada, págs. 414-421.

4. «Evolución sintáctica y forma lingüística interior en español» (oralmente, 1966), en *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas* (editadas por Antonio Quilis con la colaboración de Ramón B. Carril y Margarita Cantarero), CSIC, Madrid, I, 1968, págs. 131-150; recogido como estudio segundo, págs. 32-53, en *Estudios de morfosintaxis histórica del español* (edición de Rafael Cano Aguilar y M^a Teresa Echenique Elizondo), Gredos, Madrid, 1999, I-II. Cito de las páginas 41-42 (en t. I), 140 en la publicación original:

Liberada del intuicionismo y de la orientación hacia lo diferencial con ánimo fácilmente nacionalista, la teoría de la forma interior del lenguaje no puede menos de beneficiar a la descripción sincrónica de estructuras, como estímulo para ahondar en el estudio de los contenidos a que corresponden, hasta encontrarles su sentido más profundo. Pero será igualmente provechosa para la lingüística diacrónica, pues ayudará a comprender cuáles son los rumbos por donde ha discurrido la evolución de una lengua y qué impulsos los han marcado. Ni en el pensamiento de Humboldt ni en el de sus seguidores es la forma interior un molde hecho de una vez para siempre: todo en el lenguaje es dinamismo, creación y reajuste continuo. La forma interior —dice Amado Alonso [en la nota 20 se remite a «Sobre métodos», pág. 287, en libro de 1951; el artículo es de 1939: *RFFH*, I, págs. 105-138]— [,] «más que un sistema asentado de elementos establemente relacionados, consiste en el perenne impulso del *homo loquens* a construir en sistema, más que un sistema, un ideal de sistema conforme al cual el hombre ordena, sin acabar nunca de ordenar, el conjunto de sus expresiones». La forma interior de una lengua ha de concebirse en constante evolución. De los cambios que experimenta, unos están determinados por la evolución del vivir y el pensar de la comunidad hablante;

otros surgen favorecidos por cambios de diverso origen que han alterado el sistema gramatical de la lengua y han ofrecido coyuntura para que se manifesten distinciones categóricas no reflejadas en él.

5. «Sobre problemas y métodos de una sintaxis histórica», en *Homenaje a Xavier Zubiri* (Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1970, II, páginas 199-213); reimpresso en 1978 en un volumen breve (*Buscad sus pares, pocos*, Madrid) y, finalmente, recogido como tercer estudio en la obra morfosintáctica de la ficha anterior (t. I), de donde cito:

1
—
60-61

Vemos, pues, la interacción entre unos y otros dominios del lenguaje, como confirmación del principio según el cual la lengua es «un système où tout se tient». Hasta ahora he empleado siempre «sistema», en singular, respetando la ortodoxia estructuralista, aunque haciendo constar que el sistema permite duplicidades o multiplicidades en determinados campos. Ahora bien, algunas de ellas obligan a preguntarse si no se trata realmente de pugna entre dos sistemas. Volvamos a cuestiones de que ya hemos hablado: el español medieval presenta de una parte un conjunto de rasgos [...]. Coexistieron, pues, en español medieval dos conjuntos contradictorios de rasgos coherentes dentro de cada uno; cada uno suponía diferente concepción básica de las categorías cuya oposición determina el uso o ausencia de artículo. Uno aparece como sistema único en inglés; otro en español moderno. ¿Pueden considerarse meras variantes opcionales en español antiguo? ¿No son dos sistemas que contienen para la actualización del sustantivo?

2
—
61-62

Alternancias semejantes aparecen en otros casos. La antinomia de que en un sistema único coexistan sistemas parciales contradictorios no puede resolverse con la idea estática —grata a muchos cultivadores de la lingüística sincrónica— de que la lengua es una estructura perfecta y lograda. Hemos de concebir la realidad del lenguaje como actividad, en continuo devenir, que renueva y modifica incesantemente tanto sus cuadrículas ideales como los instrumentos que las reflejan; la renovación del sistema no ocurre de pronto y

totalmente, sino con lentitud y por parcelas, con desajustes y reajustes siempre. Si no queremos recordar la lección de Humboldt, acudamos a la más cercana de Menéndez Pidal en los años de su asombrosa ancianidad: «Es cierto que el lenguaje elabora y constituye en cada época de su vida cierta estructura regular... [estos puntos suspensivos son de Lapesa: ¡p!], pero esa estructura no es un sistema rígido inexceptuable, no está nunca perfectamente conclusa y fija, sino en lenta evolución como toda creación humana colectiva, y la evolución depende de una tradición milenaria que presiona sobre las fuerzas estructurales actuantes en cada momento [omito la nota con los datos de ese trabajo, 1960, de M. Pidal].

 3

62/63

¿Debe una sintaxis histórica incluir el estudio de rasgos estilísticos, preferencias o peculiaridades estéticas del lenguaje general de una época, de una escuela, de un autor? En principio creo que sí, y por varias razones. Una, formulada en términos saussureanos, es la de que todos los cambios que ocurren en la lengua han tenido su origen en el habla; si preferimos la versión de Vossler, porque los cambios lingüísticos han sido creación antes que evolución, estilo antes que gramática; y si queremos decirlo con frases de Menéndez Pidal, más cautas y ponderadas, porque «el más pequeño cambio evolutivo del lenguaje procede siempre de la voluntad consciente o inconsciente de un individuo innovador, de la inteligencia acertada o errónea, de la sensibilidad o imaginación de un individuo que, en su habla, conforma o deforma a su gusto, a su manera, la pronunciación, el vocabulario o la fraseología de la lengua materna aprendida. Pero sucede que todas o casi todas las innovaciones que cada hablante introduce se extinguen, rechazadas por la mayoría que acata el patrón del lenguaje; muy pocas hallan imitadores que las propaguen; y así la lengua común, aunque varía en cada uno que la habla, tiende a permanecer invariable en su esencia, siendo sus mudanzas pocas, leves y lentas» [omito la nota 2, con los datos bibliográficos del trabajo, 1957, de M. Pidal de que se ha citado].

 4

69

¿Debe una sintaxis histórica incluir estos hechos de estilo que no han pasado a la lengua general ni han dejado huella duradera en el uso literario? Entiendo que sí, y no sólo por respeto a la creación literaria, sino también

por razones de índole lingüística. En primer lugar, nunca podemos estar seguros de que un rasgo aparentemente individual o de grupo restringido carezca de raíces o de consecuencias en usos más amplios; y además tales peculiaridades estilísticas señalan muchas veces caminos para la modificación de la norma o del sistema lingüístico, y si en el pasado no han tenido fortuna, apuntan posibilidades abiertas para el futuro.

6. «Tendencias y problemas actuales de la lengua española» (oralmente, 1975, con el título de «Tendencias y problemas actuales del español actual»; en la primera nota, pág. 422, se lee: «Lo he cambiado[el título] porque cuando la di[la conferencia, por segunda vez] en la Universidad de Méjico [la UNAM] el aula se llenó de españoles exiliados ansiosos de conocer las tendencias y problemas políticos del ciudadano español cuando se presentía el cambio de régimen»), en la obra colectiva, coordinada por el propio Lapesa, *Comunicación y lenguaje*, Editorial Karpos, Madrid, 1977, págs. 203-229; recogida en el mismo volumen ya mencionado en 2, págs. 422-459. La dedicatoria de Lapesa en su trabajo reza así; «A Emilio Lorenzo, que tantas cosas buenas ha dejado en el tintero para no adelantarse a la publicación de esta conferencia mía, y a Manuel Seco, a quien cito de una vez para no citarlo en cada párrafo». Cabría enumerar los diecisiete epígrafes en que se divide este denso y abarcador trabajo, pero no lo haré por razón de la brevedad. Citaré solo los dos primeros párrafos y el último.

1

[págs.] 422-423

El haberme reservado una de las últimas intervenciones en este seminario ha obedecido al propósito de situar en primer término las disertaciones más doctrinales y evitar repeticiones en el estudio de fenómenos concretos. Las conferencias anteriores han versado sobre problemas teóricos o han encuadrado los hechos en caracterizaciones o consideraciones de valor general. Yo no me voy a mantener en ese nivel, y no por desdén hacia la teoría, que creo imprescindible e iluminadora, sino por otra razón: me ha parecido necesario que en este ciclo se dedicase alguna atención a problemas que, aparte del lenguaje coloquial o de las cuestiones léxicas aquí tratadas ya, atañen al sistema de comunicación que más cerca nos toca, a la lengua que vivimos, al español actual. Intento examinar tendencias que apuntan o están ya en marcha, ca-

paces de provocar a lo largo del tiempo transformaciones más o menos importantes en el sistema lingüístico: unas tienen su origen en puntos débiles del sistema mismo; otras desarrollan posibilidades positivas en él; algunas responden a influjos externos, a condicionamientos impuestos por las formas de vida y de cultura presentes. Las hay comunes a todas las lenguas cultas de hoy; pero también habremos de enfrentarnos con problemas derivados de la especial situación del mundo hispánico dentro de la civilización occidental.

 2

423

No es fácil señalar esas tendencias en fase inicial o incluso en desarrollo, ni dar la debida importancia a problemas cuya inmediatez nos quita la necesaria perspectiva. Se puede describir con relativa precisión un estado lingüístico, el sistema de la lengua en un momento determinado; pero no nos es dado predecir las consecuencias de las fisuras que parecen abrirse en él, ni calcular la fuerza de las corrientes que intentan abrirse paso como posibles directrices de transformaciones venideras. Trataremos de aprehender lo que se halla en crecimiento, pero haciendo la obligada salvedad de que en muchos casos pueden ser tendencias llamadas a frustrarse, sin que su mayor o menor pujanza actual garantice en modo alguno su ulterior consolidación. Interpretar el pasado a la luz de hechos irreversibles es más fácil que analizar el presente buscando gérmenes de futuro [esto segundo, línea medular del trabajo científico de E. Lorenzo en el libro objeto de estudio en esta serie].

 3

459

He intentado señalar algunos de los muchos puntos que en el sistema actual de la lengua española parecen irse abriendo a transformaciones cuya importancia definitiva es difícil predecir. Y también he pretendido mostrar cómo esta lengua en evolución activa se enfrenta con los problemas que las exigencias de la vida y de la cultura plantean hoy. Esperemos que logre superarlos ganando elasticidad sin detrimento de las cualidades que tradicionalmente han constituido la base de su robustez y su belleza.

7. «Nuestra lengua en la España de 1898 a 1936», en la obra colectiva *Historia de España Menéndez Pidal*, Espasa-Calpe, Madrid, tomo xxxix, volu-

men II, 1993, págs. 4-40; recogido en su versión original completa en el libro antes, 2, mencionado, págs. 343-413.

8. Real Academia Española: *Utrum lingua an loquentes? Sobre las presuntas dolencias y carencias de nuestro idioma*: «discurso leído el día 22 de noviembre de 1981 en su recepción pública por el Excmo. Sr. don Emilio Lorenzo Criado y constestación del Excmo. Sr. don Rafael Lapesa Melgar», Madrid, 1981. El texto de Lapesa comprende de la página 87 [comienzo real, posterior a la portadilla, 89] a la 106. Tras las abundantes citas anteriores, las que voy a hacer ahora encierran, con broche de oro, el universo preciso del espíritu, la letra y la música del sintagma *lingua en ebullición*. Escuchemos a un maestro muy respetado y querido de Emilio Lorenzo (y de todos nosotros) dirigiéndose a un discípulo, sin duda, muy especial (y ya, desde esa fecha de noviembre de 1981, compañero de labores académicas, tras haberlo sido, de tareas universitarias, durante largos y complejos años).

 1

[págs.] 93-94

La intensa actividad docente de Emilio Lorenzo no ha impedido que sus publicaciones sean numerosas, variadas y de excelente calidad. Las más antiguas obedecen a las llamadas con que Dámaso Alonso animaba a sus estudiantes de los años cuarenta para que explorasen dialectos y hablas locales de la Península. Lorenzo se entrenó traduciendo *El léxico rural del Noroeste ibérico* de Fritz Krüger (1947), libro en que el dialectólogo alemán, describiendo conjuntamente palabras y cosas, traza un impresionante cuadro de la cultura material y la vida aldeana de Galicia, Oeste leonés y Norte de Portugal. Por entoces [entonces] estudió Lorenzo *El habla de Albalá* (1948), localidad situada al Sureste de Cáceres, cuyos caracteres lingüísticos, conformes en general con los del dialecto extremeño, ofrecen sin embargo algunos rasgos peculiares en la fonética y en el léxico. Nacido en el pueblo salmantino de Puerto Seguro [Segura], dedicó Lorenzo al vocabulario de José de Lamano unas *Notas* (1949) que lo complementan y puntualizan. Pero su interés por el lenguaje no se satisfacía con la mera recolección de particularidades dialectales, pues se orientaba también hacia cuestiones teóricas; por eso colaboró con Dámaso Alonso en la traducción de los *Problemas y métodos de la lingüística* de Walther von Wartburg, acabada en 1946, aunque no publicada hasta 1951. Frente a la dicotomía metodológica, prescrita por Ferdinand de Saussure, entre el enfoque

sincrónico y el diacrónico, von [Von] Wartburg demostraba la interdependencia entre la evolución y la estructura de las lenguas: la evolución jamás se detiene, pero se halla condicionada por factores estructurales; a su vez [,] la estructura nunca está definitivamente fijada, sino en continuo cambio. El romanista suizo justificaba así la proyección histórica propia de la lingüística anterior, pero la enriquecía al incorporar a ella lo mejor del estructuralismo saussuriano. La traducción española, acompañada por muy oportunas notas de Dámaso Alonso, tuvo inmediata importancia en la formación de nuestros lingüistas, que pudieron beneficiarse de los hallazgos estructuralistas sin abandonar la herencia de Menéndez Pidal.

 2

 94-95

No obstante, la principal aportación de Emilio Lorenzo a la lingüística española no es de carácter histórico; consiste en una larga serie de artículos que versan sobre el uso actual, sorprendido en la infinita variedad de sus niveles, en el incesante aflorar de innovaciones no advertidas antes, en la vivacidad del coloquio, en el énfasis y descuidos de la prensa, radio y televisión, en la volubilidad de las modas, en el desgaste y renovación de los recursos idiomáticos. La mayoría de estos artículos, aparecidos en revistas y volúmenes colectivos a partir de 1952, se han agrupado con otros en dos libros: uno, titulado significativamente *El español de hoy, lengua en ebullición*, tuvo su edición primera en 1966 y ha alcanzado hasta ahora dos más (1971 y 1980, ambas aumentadas [y la '1994, «reestructurada y muy ampliada»]); también en 1980 se ha publicado el segundo, *El español y otras lenguas* [SGEL, Madrid, pero distribuido ahora por Akal, en la misma ciudad]. Los dos libros incluyen estudios sobre fenómenos concretos, visiones panorámicas, comparaciones con otros idiomas y ensayos de caracterización tipológica. El repertorio de temas es amplísimo: los hay que tocan a la fonética y fonología, a la morfología, sintaxis, léxico y hasta las actitudes anímicas que constituyen el trasfondo de nuestra lengua. En la imposibilidad de mencionarlos todos, me limitaré a destacar algunos de los hechos que Emilio Lorenzo ha sido el primero en advertir o cuya importancia no se había reconocido antes de él.

 3

 99

Perdonad tan larga enumeración. A pesar de su longitud [,] sólo ha [he]l recogido unos cuantos de los muchos aportes con que Emilio Lorenzo ha in-

yectado en nuestros estudios gramaticales, como savia rejuvenecedora, la atención despierta por la actividad con que el habla y la escritura crean sin cesar nuevas formas de expresión. No nos descubre rarezas sorprendentes; pone de relieve realidades cotidianas. Nuestra primera reacción ante ellas sería un «pues es verdad; no me había fijado» o «no me había dado cuenta de que eran tan importantes». Esa advertencia no es exclusiva del hablante ingenuo; la tienen muchos gramáticos cuya mirada, presa en los esquemas de la tradición libresca, es incapaz de percibir las corrientes que fluyen en la actualidad circundante; de ahí el retraso con que suelen registrar cambios iniciados muy atrás. No es éste el caso de Emilio Lorenzo, vigía excepcional de español presente; pero el alcance de sus observaciones no se limita a la lengua de hoy, pues fenómenos que detecta por primera vez existían desde antes sin haber despertado la atención de nadie: Lorenzo documenta en Alonso de Contreras (1633) oraciones condicionales con presentes de indicativo en lugar de [...].

4
—
100

Valiéndome de la metáfora consagrada por nuestro recipiendario, diré que en la presente ebullición de la lengua española afloran a la superficie, junto a burbujas recién formadas, otras nacidas de previos hervores [*compárese estado latente*. Menéndez Pidal]. El acierto de nuestro lingüista consiste en haber captado unas apenas surgidas y haber sacado las otras del estado latente. De este modo ha servido a un tiempo a la sincronía y a la historia.

5
—
100

Dada su visión dinámica del lenguaje, no puede sorprender su interés por el coloquio, la manifestación más viva y genuina del habla. En sus *Consideraciones sobre la lengua coloquial* trata de establecer las constantes y variables de ella, deslindándola de otras formas de comunicación oral y advirtiendo su constante y mutua ósmosis con lo literario. No se le ocultan las diferencias entre el coloquio auténtico y su representación escrita, aunque haya comentado en otra ocasión muy atinadamente un cuento-monólogo de Alonso Zamora donde aquél se refleja con notable fidelidad.

6
—
103-104

El discurso que le acabamos de oír es fiel reflejo de la personalidad y el saber de Emilio Lorenzo. Se ha definido ante nosotros como «espíritu cu-

rioso», y verdaderamente lo es; pero no con frivolidad de quien mariposea rozando superficialmente las cosas. Su curiosidad es tesonero afán por dilucidar lo que no está claro, analizar a fondo cuanto estudia, y crítica con rigor tanto las opiniones ajenas como las que él mismo va configurando, antes de resolverse a formularlas. Para dictaminar acerca del estado presente y pronosticar el presumible futuro de nuestro idioma, ha tendido la mirada sobre lo que está ocurriendo a otras lenguas que se enfrentan a iguales problemas que la nuestra: ha revisado el fundamento de la pretendida superioridad que algunos reconocen al inglés y de los defectos que suelen achacarse al español; ha prevenido contra los peligros consecuentes al abandono, señalando el modo de obviarlos; y sólo después ha emitido su parecer, que, si rechaza fatídicos agüeros, no es, en modo alguno, panegírico desorbitado.

7
—
106

Los problemas capitales a que han de hacer frente nuestra Academia y sus asociadas hispanoamericanas consisten en habilitar palabras con que designar los nuevos conceptos y realidades que surgen cada día; filtrar, sustituir y acomodar extranjerismos; buscar la manera de que la nomenclatura científica y técnica sea lo menos divergente posible dentro del mundo hispánico; y dar cima a la vivificante renovación de su Gramática emprendida con el *Esbozo* de 1973. Para todo ello nos será precisa la colaboración de Emilio Lorenzo, anglista, germanista, romanista, hispanista que atalaya horizontes sin descuidar lo inmediato, que está alerta siempre a las novedades teóricas y las criba, que capta y mide en su importancia cuanto vive alrededor y otros —como yo— no vemos. ¡Bienvenido a esta casa!

(continuará)